



Natalí y la playa

El mar es una idea que ronda en su cabeza. Lo imagina abierto, generoso, donde corre una brisa incapaz de alterar su pelo bastante corto. Solo ha podido ir, sin embargo, una vez. Fue a Santa Rosa, un mar bravo, y le tomó algunas horas trasladarse desde San Juan de Lurigancho, un distrito ubicado al nordeste de Lima, muy poblado y que imagino de tierra ardiente y seca durante el estío. Este verano 2013 ha sido intenso y dentro de poco hará su paulatina despedida de nuestro litoral. Pensaba ir a León Dormido, pero la iniciativa fracasó. “Está lejísimos del lugar donde vives”, le dije. “Queda al sur”. Por un instante traté de representármela en el mar de Santa Rosa: ella es menuda, pesa alrededor de 45 kilos, tiene 22 años, es de piel chocolate o, como queda mejor en su caso, de color capulí. Se llama Natalí Espíritu y con ese nombre a cuestas se desplaza en Lima como si fuese, verdaderamente, un ser transparente.

El viaje de su casa, donde vive con una familia extensa, a su centro de trabajo, en Miraflores, al lado de la Clínica Anglo Americana, le toma dos horas (y dos horas la vuelta). La Lima de Natalí es gigantesca, y son varios millones de personas las que se ven obligadas a recorrer a diario esas distancias. Sale a trabajar a las 7 de la mañana, llega al consultorio dental a las 9 y allí se queda todo el día. Su tía es la encargada de prepararle la lonchera. Trabaja hasta las 9 de la noche y llega a San Juan de Lurigancho a las 11. Cena, ve algo de televisión y se acuesta.

“Te imagino en la playa”, le digo. “O mejor dicho, trato de imaginarte, porque aquí te veo con esa burka afgana o con ese pañuelo parecido al de las monjitas de la orden de Santa Teresa de Calcuta”. Se ríe. Esa vez fue con sus amigas, tomó varios carros, se pusieron sus ropas de baño y pasaron el día jugando, bañándose y mirando el mar. Regresaron con la puesta del sol, exhaustas, a tomar otra vez las diversas líneas de micros.

Es Lima, pienso. Lima en la mira de los políticos a raíz del proceso de revocatoria de la alcaldesa Susana Villarán. A veces, cuando no tengo la boca abierta, el doctor Javier Rivera y yo conversamos de este suceso cargado de intereses mezquinos. Natalí escucha el intercambio civilizado de ideas. Natalí vive y sufre esta ciudad incómoda que todavía, en gran parte, le da la espalda al mar. El mar es un lugar lejano y de acceso cada vez más difícil para los limeños. El mar es un rugido, un lamento, una idea que le ronda por la cabeza. “Me encantó poder ir ese domingo a Santa Rosa. Pero ahora voy a una piscina que está a la entrada de San Juan de Lurigancho. Es bonita”, me dice. Y me la imagino como una pluma deslizándose en el aire caliente de ese distrito lleno de gente, siempre con su sonrisa a flor de piel, ligera, como si bailara en un pie de la misma forma en que le brillan los ojos que se dejan ver por encima de la mascarilla. “El mar siempre estará lejos —le digo—. Es como un sueño y deberás defenderlo con el calor de la juventud”. “El próximo verano iré a León Dormido con mis amigas y como usted debe venir a revisarse la dentadura una vez al año, le contaré cómo nos fue...”. (ASL) ■